

# **Cien sillones y pico**

*Los dibujos del Sillón de orejas*

© De las ilustraciones: Max

© Del prólogo: Manuel Rodríguez Rivero

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad 11, 1º B

28044 Madrid

Tlf: (+34) 915 092 535

info@nordicalibros.com

Primera edición: abril de 2015

ISBN: 978-84-16112-84-5

Depósito Legal: M-8131-2015

IBIC: FX

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gráficas Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)

Encuadernado en Ramos

Diseño y maquetación: Aina Capdevila

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra

y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Cien sillones y pico

*Los dibujos del Sillón de orejas*

## Max

Prólogo de Manuel Rodríguez Rivero



## Secretos de un matrimonio

Hay matrimonios que duran mucho menos. El nuestro, el de Max y mío, se prolongó seis años y ocho meses, en estos tiempos todo un récord en el proceloso mundo de la prensa. Claro que nosotros solemos contarlos por semanas: 349 desde el primer «Sillón de orejas» hasta el último que hicimos juntos. En un principio fue un matrimonio por poderes: salvo viajes ocasionales él ha vivido todo el tiempo en Sineu y yo en Madrid. ¿Que cómo empezó todo? Como una especie de cita (casi) a ciegas: nos hablaron a uno del otro, fuimos presentados desde lejos y nos caímos bien, mucho antes de vernos las respectivas jetas en una terraza madrileña, cuando ya llevábamos una temporada como pareja de hecho. Fue, mientras duró, un matrimonio libre y abierto: cada uno tenía sus asuntillos fuera y, si nos venía bien, nos contábamos cómo nos iba. Nunca caímos en sentimentalismos porque a los dos nos gusta la ironía: una unión perfecta, por tanto. Y sin daños colaterales.

Si existe un solo término para caracterizar nuestra asociación ese es «complicidad». De esa clase en que las palabras casi son innecesarias. Al principio, yo le enviaba mi sillón vía correo electrónico y, a lo sumo, le sugería algún motivo. Normalmente le llamaba por teléfono para contárselo (tengo la impresión de que siempre lo cogía cenando). Supongo que, en algún momento de esa fase, Max debió de pensar que su socio era un pesado: y tenía razón. Lo que me ocurría es que yo llegaba a la entente muy resabiado: siempre me ha gustado elegir la ilustración para lo que escribo y no estaba acostumbrado a que alguien —por muy célebre que fuera— me interpretara el texto. Pero, semana a semana, Max no dejaba de sorprenderme con un dibujo que —hiciera o no caso de mis sugerencias— captaba perfectamente algún aspecto del «sillón», confiriendo a la página atractivo y, sobre todo, luminosidad. Las ilustraciones de Max atraían en primer lugar al lector al texto y, luego, le obligaban a examinarlo más detenidamente en función de lo que había leído, igual que hacen las portadas de *The New Yorker* con su referente. Fue así cómo, muy pronto, me di cuenta de que, del mismo modo que el traductor es el coautor del libro en la lengua de llegada, Max estaba actuando como auténtico coautor gráfico de lo que yo decía. De modo que la página iba ganando en intensidad. Durante el tiempo que duró nuestra alianza, el sillón fue el sillón de ambos.

Estos días he repasado concienzudamente no solo los «cien dibujos y pico» que pueblan este libro que el lector tiene ante sus ojos, sino los otros doscientos (y pico) con los que Max puso color a mi página y quitó (afortunadamente) algo de hierro a mis frecuentes salidas de tono y al malhumor del cascarrabias en que a veces me convierto

cuando me irritan las cosas del mundo del libro (y, sobre todo, de sus responsables). Veo en esas ilustraciones no solo coherencia con la propia historia profesional de Max —desde *Gustavo* en adelante—, sino también una evolución dictada por su cada vez mayor comodidad y compromiso en el «sillón». Veo, por ejemplo, que a medida que pasan los años de nuestra colaboración, la «paleta» ilustradora de Max se va iluminando y adquiriendo un estilo característico, influenciado, desde luego, por lo que Max iba haciendo por fuera: esos asuntos extramatrimoniales a los que me refería más arriba y de los que el álbum *Vapor* (2011) me parece un hito fundamental.

Por lo demás, las sugerencias se tornaron de ida y vuelta. A veces, cuando me retrasaba en la entrega y solo tenía una vaga idea de lo que iba a escribir, Max me devolvía un espléndido dibujo a partir de lo (escaso y nebuloso) que había podido contarle, lo que me forzaba a darle un giro imprevisto o una nueva referencia al texto a partir de la idea maxiana. Otras veces —sobre todo durante los periodos de vacaciones, cuando uno de los dos o ambos nos íbamos de viaje— Max utilizaba lo que llamábamos «comodín»: me enviaba dibujos de tema «navideño» o «veraniego» y yo adaptaba algún aspecto del texto a la imagen recibida, convirtiéndose en cierto modo la ilustración en motor del texto.

Ojeando —sin hache: los he visto en la pantalla— los dibujos del «Sillón de orejas», compruebo la enorme diversidad de los motivos utilizados. Abundan, sobre todo, los libros, analógicos (los más) y digitales: de eso trataba la página. Esos volúmenes coloreados a menudo se metamorfosean y se convierten en otra cosa, sin dejar de ser lo

que son: desde sombrillas que levitan sobre el que duerme en la playa protegiéndole del sol, hasta amenazantes *vaginas dentatas* o balsas salvadoras de náufragos. Hay constantes referencias a los lectores, los autores, los traductores, los libreros, los bibliotecarios, los editores: a todos los componentes de la cadena del libro, que aparecen también transformados en distintos avatares. Hay homenajes a todos los personajes que Max y yo (coincidimos bastante) amamos: Don Quijote, los maestros surrealistas (Max Ernst, los «putrefactos» de Lorca, Dalí y Buñuel, Magritte), el gato Félix, Supermán, Moby Dick. Existen múltiples referencias a una actualidad que ahora se me antoja prehistórica —*50 sombras de Grey*, por ejemplo— y a otra que (¡ay!) sigue siendo actual, como la piratería, con su bandera negra y sus dos tibias cruzadas bajo una calavera que sostiene ¡un libro! en su descarnada boca. Hay menciones gráficas a aniversarios, a faraones y a momias que leen, a Drácula y al monstruoso Calibán, que camina por su isla cargado de libros, a las brujas de *Macbeth*, convertidas en walkirias nazis, y a Sant Jordi (cómo no) neutralizando al dragón al que ha colocado un libro entre las mandíbulas. Y hay referencias, «como no podía ser de otra manera» —por utilizar una expresión cara a los políticos—, a este sillón de orejas desde el que ahora echo de menos a mi compañero de aventura. Y que, a menudo, incluye un retrato cariñoso e irónico de su agobiado usuario.

Termino. Como en los matrimonios que se disuelven sin reproches ni acritudes, del nuestro queda mucho más que varios centenares de miles de palabras y un montón (y pico) de imágenes inolvidables. Queda el recuerdo de complicidades telefónicas, de esperas nerviosas, de estan-

cias diferidas en Nueva York (donde nunca estuvimos juntos), en Cádiz (donde tampoco) y en Mallorca (donde nunca coincidimos). Queda el recuerdo de algunos sobresaltos exteriores (en los periódicos, ya se sabe) y de 349 páginas curradas con entrega y pasión que ya forman parte de nuestras respectivas autobiografías.

Y quedan, sobre todo, el mutuo reconocimiento y la amistad.

**MANUEL RODRÍGUEZ RIVERO,**

Madrid, marzo de 2015







Encrucijada. 05/01/2008